

San José, Costa Rica 1926 Sábado 8 de Mayo

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Los maestros y las nuevas corrientes*, por José Carlos Mariátegui.—*La poesía de Juana de Ibarbouroú*, por Jaime Torres Bodet.—*Elogio de los países pequeños*, por Gabriela Mistral.—*La reliquia*, por Juan Alcover.—*Un gran pintor centroamericano, Pablo Zelaya*, por León Pacheco.—*La sierra*, por Juan Alcover.—*Comentario* de J. Torrendell.—*LA EDAD DE ORO* (Con lecturas para niños).—*Juan Alcover*, por Gabriel Alomar.—*Libros y autores hispanoamericanos*, por Arturo Torres Rioseco.—*El teatro indo en Nueva York, Sakuntala*, por Rubén Yglesias.—*Madrinas de lecturas*, por Gabriela Mistral.—*Discurso* de Calvin Coolidge.

NINGUNA categoría de trabajadores intelectuales aparece tan naturalmente destinada a dar su adhesión a las nuevas ideas como la de los maestros de primera enseñanza. En mis artículos precedentes¹, me he referido, más de una vez, al espíritu



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

donde vegetarán oscuramente, a merced de un cacique o de un diputado, sin libros ni revistas, segregados del movimiento cultural, desprovistos de elementos de estudio.

Los maestros y las nuevas corrientes

Por

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

—política, forense o mercantil—. El maestro primario, en tanto, aunque no sea sino modesta e imperfectamente, tiene siempre vida de profesional. Su formación y su ambiente lo desconectan, por otra parte, de los intereses egoístas de la clase burguesa.

El maestro primario hispano-americano procede del pueblo o, más específicamente, de la pequeña burguesía. La Escuela Normal lo prepara y lo educa para una función abnegada, sin ambiciones de bienestar económico. Lo destina a dar a los niños pobres la instrucción elemental —gratuita y obligatoria— del Estado. El normalista sabe, por adelantado, que el Estado remunera mal su fatiga. La enseñanza primaria—enseñanza para el proletariado—proletariza a sus funcionarios. El Estado condena a sus maestros a una perenne estrechez pecuniaria. Les niega casi completamente todo medio de elevación económica o cultural y les cierra toda posibilidad de acceso a una categoría superior. De un lado, carecen los maestros de posibilidades de bienestar económico; de otro lado, carecen de posibilidades de progreso científico. Sus estudios de la Escuela Normal no les franquean las puertas de la Universidad. Su sino puede confinarlos en un pueblecito primitivo

En el espíritu de estos trabajadores intelectuales, extraño a toda concupiscencia comercial, a todo arribismo económico, prenden fácilmente los ideales de los forjadores de un nuevo estado social. Nada los mancomuna a los intereses capitalistas. Su vida, su pobreza, su trabajo, los confunde con la masa proletaria.

A estos trabajadores, sensibles a la emoción revolucionaria, permeables a las ideas renovadoras, deben dirigirse, por consiguiente, los intelectuales y los estudiantes de vanguardia. En sus filas reclutará la vanguardia más y mejores elementos que entre los pedantes profesores y los egotistas literatos que detentan la representación oficial de la Inteligencia y de la Cultura.

II

De la sensibilidad de los educadores a los anhelos de renovación social tenemos muchas y muy fehacientes pruebas. Las escuelas normales han abastecido al socialismo de un conspicuo número de organizadores y conductores de ambos sexos. Ramsay Mac Donald, por ejemplo, ha sido un preceptor. En Italia he encontrado en los primeros rangos del proletariado a innumerables maestros y maestras. En Francia he constatado el mismo fenómeno. Colaboran en *Clarté* varios educadores de filiación revolucionaria. La misma filiación tiene la revista *L'Ecole Emancipée*, órgano de la Federación de la Enseñanza, dirigida por un grupo de maestros jóvenes. Los estudiantes de la Es-

de clase que distingue y separa la enseñanza primaria de la enseñanza secundaria y superior. La escuela, a causa de ese espíritu, no sólo diferencia a la clase burguesa de las clases pobres en la cultura y en la vida. Diferencia, igualmente, a los maestros de una clase de los maestros de la otra. El maestro primario se siente próximo al pueblo. El maestro del Liceo o de la Universidad se siente dentro de la burguesía. Es, además, en la enseñanza primaria donde se produce, generalmente, el tipo puro, el tipo profesional de educador. El maestro primario es sólo maestro, es sólo enseñante, en tanto que el profesor del Liceo o de la Universidad es, al mismo tiempo, literato o político. La docencia secundaria y universitaria, tanto por su función como por su estructura, tiende a crear una burocracia conservadora.

1. Véanse los números 1 y 9 del tomo XI y 9 del tomo en curso.

cuela Normal Superior de París han sido, recientemente, los primeros en responder a los histéricos alardes fascistas de los estudiantes de la reaccionaria Facultad de Derecho de la Sorbona, discípulos de los escritores monarquistas de *L'Action Française*.

El propio movimiento de los Compañeros de la Universidad Nueva acusa en el cuerpo de educadores franceses un estado de ánimo pleno de inquietud. Ese movimiento ha sido indeciso en sus medios, difuso en sus proposiciones, pero categórico en su voluntad de renovación. No ha sabido romper con la tradición o, en particular, con los intereses conservadores. No ha logrado liberarse de las supersticiones burguesas anidadas en la psicología y la mentalidad de sus animadores. Pero ha declarado claramente su adhesión a la idea de una democracia social, de una democracia verdadera, aunque no haya acertado a definir el modo de realizarla.

La doctrina y el método pedagógicos de Pestalozzi y Froebel—nutridos de los sentimientos e inspirados en las necesidades de una civilización de productores—han tenido, como se remarca a la luz de la experiencia contemporánea, una profunda significación revolucionaria.

Y los reformadores de la educación en Alemania han salido también de las filas de los educadores.

III

La idea, sostenida por los Compagnons de la Université Nouvelle de que una nueva organización de la enseñanza debe ser, técnicamente al menos, la obra de un sindicato en el cual se agrupen todas las categorías de maestros no es en sí una idea errónea. Lo es cuando supone que una revolución en la enseñanza puede operarse dentro del marco del viejo orden social. Lo es cuando coloca el sindicato de maestros, o la corporación de la enseñanza, en un plano superior y distinto del de los demás sindicatos de trabajadores. Para que los educadores puedan reorganizar la enseñanza sobre bases nuevas es necesario que sepan antes ser un sindicato, moverse como un sindicato, funcionar como un sindicato. Y es necesario que sepan entender la solidaridad histórica de su corporación con las otras corporaciones que trabajan por reorganizar, sobre bases nuevas también, todo el orden social.

Esta cuestión debe ser el tema del diálogo de los intelectuales de vanguardia con los educadores de vanguardia. (En la corporación de maestros la existencia de una vanguardia es evidente, es indudable). El programa de una reforma universitaria

integral sería incompleto si no comprendiese las reivindicaciones de esta corporación. Hay que abrir los estudios universitarios a los diplomados de la Escuela Normal. Hay que abatir las vallas que incomunican al profesorado primario con la Universidad, bloqueándolo dentro de los rígidos confines de la primera enseñanza. Que los normalistas entren a la Universidad. Pero no para aburguesarse en sus aulas sino para revolucionarlas. He ahí un hermoso programa para la juventud de Hispano América, para la Unión Latino-Americana. Diferenciar el problema de la universidad del problema de la escuela es caer en un viejo prejuicio de clase. No existe un problema de la universidad independiente de un problema de la escuela primaria y secundaria. Existe un problema de la educación pública que abarca todos sus compartimentos y comprende todos sus grados.

IV

El modesto preceptor, el oscuro maestro del hijo del obrero y del cam-

pesino necesita comprender y sentir su responsabilidad en la creación de un orden nuevo. Su labor, según su rumbo, puede apresurarlo y facilitararlo o puede retardarlo. Ese orden nuevo ennoblecerá y dignificará al maestro de mañana. Tiene, por ende, derecho a la adhesión del maestro de hoy. De todas las victorias humanas les toca a los maestros, en gran parte, el mérito. De todas las derrotas humanas les toca, en cambio, en gran parte, la responsabilidad. La servidumbre de la escuela a un cacique de provincia no pesa únicamente sobre la dignidad de los que aprenden. Pesa, ante todo, sobre la dignidad de los que enseñan. Ningún maestro honrado, ningún maestro joven que medite en esta verdad, puede ser indiferente a sus sugestiones. No puede ser indiferente tampoco a la suerte de los ideales y de los hombres que quieran dar a la sociedad una forma más justa y a la civilización un sentido más humano.

J. C. M.

Casilla 2107.
Lima . Perú.

La poesía de Juana de Ibarbourou

PRAS del minuto romántico, excesivo, en que Delmira Agustini vació la amargura mística, la inquieta sensualidad de un alma cuyo secreto más profundo fué, acaso, el de haber conocido demasiado pronto la monótona holgura de la felicidad, se precisaron a la atención de las letras españolas de América, dos mujeres afortunadas: Juana de Ibarbourou, que parecía haber heredado la sutileza de sus sentidos más íntimos y Gabriela Mistral, en quien la cerebral angustia mística de la poetisa muerta se reproducía con acentos más vehementes.

* *

Juana de Ibarbourou sedujo desde luego por lo que había de desnuda virginidad, de gracia silvestre en la pasión de sus confidencias. Su obra, limitada a la exposición de unos cuantos temas de amor, de unas cuantas acuarelas en que el color se tornaba, a menudo, desvaída placidez, dejaba en las manos la frescura olorosa de una eglantina con lluvia, la humedad lisa de una hoja de menta en que el sol no hubiera aún evaporado el rocío de la madrugada.

La capacidad de su espíritu era nula. Sus versos se atrevían apenas a atisbar hacia las perspectivas borrosas de un pensamiento que, por lejano, era más bien un horizonte que un paisaje. La exactitud de la sensa-

ción percibida cautivaba, en cambio, desde luego. Y la novedad de las imágenes, en que el plano de relación se trasladaba del yo activo, agotado por los poetas, a la conciencia múltiple, dispersa de las cosas. El alma de esa poesía estaba en su pasiva sujeción al reflejo. Agua era por la claridad; agua por la acariciadora frescura; agua, también, por la facilidad de tomar el color, el sabor y la forma del vaso que se le impusiera.

Los versos de amor de Juana de Ibarbourou fueron los primeros en llevar un estremecimiento a la atención poco discreta de su público. Eran, sin embargo, más que fragmentos de una pasión real, simples audacias de deseo, inquieto despertar de una adolescencia inclinada, desde años más tiernos, a la proyección de la naturaleza sobre la arena soleada, luminosa, de los sentidos.

Esta manera de apresar en las redes—no muy ceñidas—de su lirismo la evasión infinita de las cosas, hizo pensar a algunos que América había encontrado, en Juana de Ibarbourou, su voz. Parecían querer repetir, sin palabras, el sentido de la frase con que Mr. de Raspail se dirigía al hijo de Marceline Desbordes-Valmore, al día siguiente de su muerte: «Fué, más que una Musa, el hada buena de la poesía».

Todo favorecía esta primera impresión: el éxito de algunos poemas logrados, por un verdadero milagro de sensibilidad, más allá de la inteligencia y del arte, en los dominios del instinto; la facilidad elocuente con que el idioma, limitado no obstante por los provincialismos y las puerilidades sin elegancia de un léxico menos preciso que pintoresco, modelaba expresiones de voluptuosa intensidad y de frescura.

El apego a las formas normales—algunas de ellas difíciles—al soneto, a la canción en versos breves, pareados, hacía sentir más de cerca el descuido interior, el desorden, la indisciplina de los términos, de las imágenes, de las intenciones mismas. Daba pena ver a cada instante diluirse en balbuceo la percepción original y crecían en el espíritu especies de enojo al comparar este tesoro de savias jóvenes, expuesto en su agresiva ingenuidad sin arte, con el trabajo de otros poetas, repetidores de los lugares comunes eternos de la emoción humana, en cuyo efecto la parte más valiosa corresponde siempre a la inteligencia, al sentido de las proporciones sin el cual la belleza se trueca pronto en impotente aspiración.

Nos encontramos, como Maurras, ante la obra literaria de una mujer que no ha abdicado de su sexo y nos sorprende la exactitud de sus palabras: «La sensibilidad no es el arte, pero es la materia prima del arte». Sí, y en esto estriba la momentánea boga de que han gozado y gozarán en todos los casos las mujeres poetas. Sus obras no nos dan sino los elementos dispersos—espléndidos a veces—de la belleza que a los demás autores exigimos ya madurada, convertida en inteligencia pura, en *estilo*.

* *

Al juzgar el lirismo de la Condesa de Noailles—al que, por momentos, quisiera tanto parecerse el de Juana de Ibarbourou—entre otros aciertos en que su pensamiento se va acercando al problema, Ortega y Gasset halla, de pronto, la frase justa: «Es ciega—dice—es divinamente ciega, como una camelia». También en Juana de Ibarbourou los sentidos intelectuales: el oído, la vista, parecen vivir una vida inferior, casi apagada. Triunfan, en cambio, en ella el olfato que advierte el matizado perfume de las horas y el tacto que ciñe a la virginidad de la piel la túnica de los deseos y de las caricias.

Hay poetas del sentimiento. Los románticos franceses lo fueron o pretendieron serlo con asiduidad no exenta de labor. Keats y Shelley reali-

zaron en Inglaterra este género de poesía y alcanzaron en él una pureza de inspiración que ninguna otra iguala. Siguiendo las huellas de Heine, Bécquer obtuvo, en España, con la melodía del sentimiento un triunfo no siempre tan puro como efectivo. Sería inútil querer insertar a Juana de Ibarbourou dentro de esta categoría lírica. Su poesía, como la de Safo, como la de Ana de Noailles, como la de Renata Vivien, es la poesía de las sensaciones. Para definirla tendríamos que acudir a una frase de la Condesa de Noailles, a quien hemos de seguir evocando en el camino de estas notas: «El alma de las mujeres, como su mirada, está envuelta de languidez y de deseo».

* *

El peligro de esta literatura está en que la sensación percibida no se destaque siempre con la valentía deseada. El lirismo se trocará, entonces, en anécdota y lo sublime correrá el riesgo de no pasar nunca el límite de lo pintoresco.

Otro escollo es el prosaísmo. La tirada melodiosa de los románticos no es toda la poesía. Conforme: Pero ¿lo será acaso la anotación fotográfica de la realidad de cada paisaje, de cada momento que se vive?... Goethe preveía la necesidad de que el lirismo atendiera a las circunstancias, pero no aconsejó jamás la sujeción del poeta a lo que hay de episódico en cada circunstancia.

Así, junto a poemas de personal evocación como *La higuera* o *El fuerte lazo*, hallamos en los libros de Juana de Ibarbourou versos sin calidad, apenas separados de la prosa por el martilleo de la rima o la ondulación del acento:

No he podido dormir. Esta noche
me ha sido negada
la gracia sencilla
del sueño habitual.

y, momentos después:

¡Ah si pudiera ser de piedra o cobre
para no sufrir!
Para que así dejara de fluir
la cisterna salobre
de mi corazón...

Las cualidades de la poesía de Juana de Ibarbourou no son siempre cualidades de elegancia; no son nunca cualidades de proporción. Femeninas, radican más bien en la fluidez, en la claridad, en la emocionada franqueza. Lejos de los libros en que se ha expuesto, queda de ella una impresión insustituible, como la que deja el sol a través de los párpados cerrados, en las horas de una siesta de estío.

* *

La vida ha ido separando a Juana de Ibarbourou, sin que ella misma lo advierta, de la literatura a la que no se consagró nunca por entero. Sus versos de hoy repiten los temas de ayer, eco distante. La admiración y el afecto que le tenemos nos obligaría a callar estas palabras que podrán simular un reproche, si no viéramos en esta evolución un tránsito natural y si, por otra parte, no fuera en este caso el silencio de la poetisa un simple resultado de la felicidad de la mujer.

JAIME TORRES BODET

Altamirano, 116.
México, D. F.

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

F. Crommelynck: <i>El estupendo cornudo</i>	¢ 2.50
F. Graebner: <i>El mundo del hombre primitivo</i>	3.25
A. Mosser: <i>La filosofía actual</i>	4.50
Jiménez, Juan Ramón: <i>Obra definitiva</i> (8 cuadernos).	6.00
L. Moritz Hartmann: <i>La decadencia del mundo antiguo</i>	3.00
B. Croce: <i>España en la vida italiana durante el Renacimiento</i>	3.50
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta).	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón).	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

Elogio de los países pequeños

Bélgica - Suiza

A las escuelas de COSTA RICA

Pequeños países que tienen la modestia como aire natural y no son cogidos por la lujuria fea y fácil de la dominación. A dominar a otro prefieren depurarse a sí mismos.

Pequeños países en los que ninguno posee demasiado, porque poseer demasiado fuese en ellos además para todos visible, países, por eso, como más pudorosos, con el pudor que crean los pequeños espacios en que todos nos miramos.

Semblante próximo, aliento próximo, alegría o dolor próximos, es decir, la fraternidad verdadera, la ronda de hombres en que el pulso de uno pasa hasta el último. No es posible ignorar en ellos la miseria grande, ni decir, por lo tanto, que se es irresponsable de ella. Aquí el egoísta está asaeteado por todos los ojos y el justo también recibe el abrazo de sus hermanos.

Pequeños países en los que, del primero al último hombre, no se pasa como de la montaña limpia al hediondo túnel: del primero al último hombre hay unos cuantos pasos: fraternidad efectiva, hija de la semejanza.

Pero, sobre el suelo pequeño, la variedad noble de los oficios humanos, dándoles una vastedad moral: en diez hectáreas de tierra se mueven el pastor, el gañán, el hortelano, el jardinero, el albañil, el decorador, el orfebre, el escultor, el herrero, el tejedor, el poeta y el músico. Ninguno falta, y así la tierra pequeña no padece forma alguna de hambre. Aquí el que hace la casa, aquí el que ensambla las piezas del reloj y aquí el que hace cantar a un gran coro.

Tierras en que un hombre dijo que lo pequeño podía tener la infinitud por medio de lo perfecto, al revés del hombre que en otra parte dijo que para ser mejor había que ensanchar de cualquier modo el suelo. Sus niños han crecido sabiendo que nunca gobernarán al hombre que siembra al otro lado de sus fronteras, y si alguno los invitara un día a dar

veinte pasos más allá de donde llega su huerto, se sonreirían desdeñosamente.

Patria que un niño puede recorrer. Así no dirá una mentira llamando *suya* ciudad que no ha visto, mar que no ha olfateado. Así, cuando ellos leen a sus poetas, recibirán fácilmente sobre el corazón el río *A* o el golfo *Z*: todos han pasado por sus sentidos.

Tierra domada entera, sin barbarie de pedregal ni de matorrales ciegos.

Tierra regada, es decir, dichosa, que no tiene crujido de gredas sedientas y está apta para sustentar hombres lo mismo en la montaña que en el llano. Humanizada, por el largo servicio de los hombres.

Patrias felices, bajo el concepto de que el espíritu no necesita espacio y de que la sensibilidad incorpora la creación a nuestro cuerpo.

Sólo con el espíritu se las podría humillar; pero las patrias grandes, las que asoman a dos o tres mares, no tienen más que ellas, que han dado artesanía, telas y canciones.

Se reúnen los fuertes en asambleas, y tienen que hacerles asiento a su lado, porque suelen poseer más honra que ellos, y hacen falta cuando se quiere crear ambientes ricos de dignidad. En el alfabeto de los pueblos suelen ser éstos la consonante dulce que quita brutalidad a las vocales bruscas.

Pequeñas tierras que el ciudadano nombra para añadir algo a sí mismo, donde él siente la urgencia de sacar de sí las excelencias.

Y no pudiendo amenazar a los otros pueblos ni con escuadras ni con polvareda de turbas, su alianza es deseada, porque su voz sin grito suele ser el acento suave que tiene la probidad y el gesto sencillo que tiene la honra.

GABRIELA MISTRAL

Bruselas, marzo 1926.

La reliquia

Fauno mutilado,
seco surtidor,
desolado huerto
de mi juventud...
Bendita la hora
que aquí me ha traído.
La fuente ya seca, la fuente sin llanto
llorar me hace a mí.
Que fué ayer parece
que dentro el misterio de sombra florida,
en el musgo echados,
las mejores horas del vivir pasaban.
Del agua escuchábamos la música dulce,
los peces mirábamos dentro la piscina,
cogíamos flores, cazábamos bichos,
y nos desgarrábamos
subiendo a las ramas de las acerolas.
Nadie se explicaba •
cómo en el follaje
del señoril huerto,
poniendo más sombra
crecía la rama de un antiguo olivo.
Arbol centenario,
amable inclinaba el torcido tronco,
para que pudiésemos
subir sin fatiga.

De la fuerte rama que altiva se alzaba
la cuerda colgábamos de la mecedora
y, dale que dale,
alegres holgábamos, hasta que la noche
la luz apagaba de la hora encendida,
de la hora encantada.

Juzgaría sueño
el tiempo volado
de la vida mía,
sin esas heridas que marcó en el pecho,
sin esas heridas que vuelven a abrirse
al ver que no mana
ni canta ni llora del jardín la fuente.
Treinta años de vida corrieron veloces
y está todavía
colgado del tronco
un trozo de cuerda de la mecedora
como triste prenda,
podrido despojo de un mundo acabado...

Fauno mutilado,
seco surtidor,
desolado huerto
de mi juventud.

JUAN ALCOVER

Un gran pintor centroamericano

Pablo Zelaya

Si existe algún paisaje en donde el color defina el secreto de su belleza es el paisaje americano. Situado en plena claridad ecuatorial la luz ejerce en nuestro continente una influencia decisiva. He aquí por otra parte el motivo de esa sensibilidad refinada que busca apaciguar en los medios tonos del simbolismo, el ardor de la demasiada claridad. Y sin embargo, nuestros pintores—siempre dentro de las conquistas serias o equilibradas del arte europeo—estarán en lo íntimo, en lo intrínseco de su «técnica» cuando busquen la expresión del color más puro, como en las sinfonías de Monet y en el fuerte colorido de las telas del gran Gauguin. No que queramos defender a estas horas el impresionismo de los franceses o el realismo de los españoles, sino que en el secreto del ambiente está la salvación de las ideas que se cristalizan en el pensamiento humano.

No hace mucho tiempo vimos en la Galería Druel de la rue Royal, la exposición de cuadros del pintor uruguayo Pedro Figari, en donde predomina tal tendencia técnica del color: pero Figari, en manchas cuyo solo defecto es el de ser demasiado pequeñas, ha sabido resolver el problema de la pintura americana uniendo motivos populares de una crudeza sabrosamente dura, a una tonalidad de colores fuertes, que nos hacen recordar a Matisse. El mismo secreto lo ha buscado mi amigo Carlos Castellanos, pero en sus telas—junto a los dones de un magnífico paisajista y de un delicioso retratis-



Una monja

Por PABLO ZELAYA.

ta—predomina su tendencia a la decoración. Por lo demás, su americanismo comienza a europeizarse. Acaso el más grande de

los jóvenes pintores de la América actual, el guatemalteco Carlos Mérida, está en la verdad de un arte esencialmente americano;

porque en él predomina el único motivo del color audaz y de la figura medular e inseparable de ese color. Mérida ha hecho evolucionar el arte de los indios—tal como ellos lo harían si tuvieran conciencia de las nuevas tendencias ideológicas y respectivas de lo europeo—hasta llevarlo a esa serenidad insuperable en que se sintetiza el dolor del paisaje, del alma, en figuras reciamente americanas. El mismo arte caricatural de Toño Salazar trata de seguir en la tradición de lo esencialmente americano: sus cartones tienen esa perfecta rigidez del arte plástico de los Incas, como en esos «gualos» espléndidos de color y de intención estética que hemos visto en los museos de París. Y seguid el movimiento plástico de México y veréis la misma tendencia hacia un arte puramente americano.

* *

El pintor centroamericano, Pablo Zelaya, se orienta, desde su retiro de Madrid, en tales tendencias. Porque sus cuadros—los que de él pudimos ver en París en 1922—tienen toda la fuerza de un color que lucha por ser puro y perfecto dentro del motivo. Dispensad sus audacias técnicas que pueden desconcertar a quienes no buscan sino un arte de fotografía, de Academia, lleno de sequedades mitológicas y de imitaciones renacentistas. Zelaya es de los pintores que conocen, por lo demás, los secretos anatómicos de un paisaje y de un hombre: pero su espíritu buscó esa libertad de «devenir estético», en



Paisaje de Cuenca

Por PABLO ZELAYA.

donde una lógica atormentada desintegra las dimensiones de toda visión. Llegó a Europa creyendo en una pintura acaramelada e inútil y junto a su amigo el maestro Vázquez-Díaz, aprendió las contorsiones difíciles del cubismo y el manejo de todas las técnicas modernas, modernísimas, imposibles de explicar si no es a los *snobs* del arte, puesto que ya el arte va siendo una sensación a la que se llega por el refinamiento del espíritu o por la novedad de la moda. Zelaya está entre los primeros, entre aquellos para quienes el espíritu es obra de un depurarse ante todas las visiones complicadas del mundo.

Seguid sus devociones artísticas. Respeta a los grandes maestros del arte clásico, pero se emociona solamente ante las audacias vigorosas del Greco, ante el colorido insuperable del Ticiano, ante las ideologías puras y complicadas de Botticelli. Agre-

gad los primitivos. Lo he oído defender con calor a Gauguin, el gran Gauguin, y declararse su discípulo; alguna vez que vimos juntos a Cezane, sus ojos se humedecían de emoción. Tal es su fe en el arte puro, lejos de todo snobismo, que su constancia va realizando con una voluntad magnífica. Porque este hombre joven, alucinado por la emoción y por el ideal, sabe que la vida está hecha a base de voluntad, de constancia; entonces es de esos trabajadores que construyen el tiempo fuera de todas las contrariedades. Zelaya es de los espíritus fuertes de nuestra raza: ha ido realizando su obra—el compendio de su obra más bien, porque es un atormentado del oficio y de la perfección—en lentas luchas diarias durante las cuales su pincel ha manchado cientos de telas.

Sin embargo, y por un secreto que desconocemos, es curioso ver cómo en los colores de Zelaya falta

sensualismo, ese magnífico sensualismo de los maestros que él admira: acaso en ello esté esa sequedad que dan en sus telas la sensación de cosas que se hacen en tono de ensayo. Penetra todos los contornos del paisaje—siendo el paisaje su predilección técnica—en las más audaces síntesis cromáticas y de interpretación: el vitalismo se escapa en rincones en que quiso detenerse. Fuertes influencias han trabajado su espíritu, entre las cuales queremos ver la de Picasso; pero no se crea que Zelaya ha seguido dentro del cubismo: busca su fórmula con tenacidad y estamos seguros de que la encontrará, porque en él existen los dones de un pintor excepcional. Desde luego ha asimilado bien las escuelas de París, eso sí, dentro de su error de seguir viviendo en Madrid. Pablo Zelaya realizará sus dones con una fuerza que adivinamos inmensa. Cada día se realiza más, dentro de

esa curva de tormentos, en que no se sabe hasta donde llega el ensayo o la realización: su tormento está, y no tememos decirselo, en ensayar demasiado, en buscar algo que su espíritu no encuentra, a pesar de sus búsquedas perennes. Porque ya Zelaya rompió con todos los miedos de las deformaciones, de los colores que asustan en la pintura—siendo tan reales en la vida—del dibujo que interpreta y que no copia. Va hacia un arte puro, ilimitado, acaso anárquico, porque no se detiene allí en donde una realidad sería necesaria. Hay peligro de teorizar demasiado en la práctica. Por lo demás es el defecto y acaso la excelencia de todas las escuelas modernas en las cuales la vida busca una expresión eterna...

Tal se nos aparece la figura artística de Pablo Zelaya, el joven y ya fuerte pintor de Centro América.

LEÓN PACHECO

París y fines de verano. 1924.

La sierra

*Copeo, copeo, copeo traidó:
Roseta encarnada,
Si t'he agraviada
Jo't demán perdó.*

¿Quién trae la estrofa, perfume de ayer,
rumorosa abeja de la soledad?

Cuando en mi ventana, al atardecer,
la mirada extiende sobre la ciudad,
y el alma errabunda se pierde, lejana,
en la sierra inmensa

que cruza la isla, como alta defensa
contra los embates de la tramontana,
de la sierra entonces brota una canción,
y la melodía se torna visión.

«De una vida de oro a hablarte he venido,
de la tierra libre que tanto has querido,
soy la campesina que ofrendas te di,
vengo de la sierra, mas no para ti».

¡Oh, flor de montaña, morena exquisita,
graciosa payesa de breve cintura,
que la curvatura
del cántaro imita!

Por la madrugada en torno congrega
el enjambre de aves que a su voz atiende;
sombbrero pajizo del sol la defiende
cuando las macetas del estanque riega.

Para dar al pobre la humeante sopa,
confitar membrillos y zurcir la ropa
o curar las llagas no hay otra mejor.

Recita baladas

y sabe consejas de monstruos y hadas
y cubos en flor.

Ofrece a la abuela en su dormitorio
el vaso de leche que ordeñó su mano;
en llegando el día de su desposorio
irá a ser el ama de un lugar lejano.

La noche del sábado se pone a escuchar,
y un secreto gozo palpita en su pecho
cuando en la salvaje negror del estrecho
donde acaba el valle, suena un relinchar
que le es conocido;

montado en su yegua llega el prometido:
entrando en el patio, salta de la silla,
saluda a los padres, saludala a ella,

y a su vera está,
y no bien la estrella
matutina brilla,

por la misma ruta de nuevo se va.

Y entonces la noche que lenta declina,
todos los parajes, luces y rumores,
el ronco torrente, la luz matutina
que va despertando los gallos cantores;
los bueyes que pacen y los aradores,
los pueblos dispersos en amplia llanura,

el chivo barbudo que asoma en la altura;
 el remanso quieto dentro de la gola
 de la peña brava,
 cual gota de escarcha en una corola;
 la mujer que lava y la que entrecava;
 olmos, olivares, viñedos, sembrados,
 cortijos, molinos, fuertes almenados,
 para el viandante
 que cruza los campos, llena de dulzor
 del tierno coloquio el alma radiante,
 todo es una fiesta que canta de amor.

Oh, montes abruptos de la serranía;
 oh, la visión pura que de allí me envía;
 capullo fragante
 de una primavera
 que me da nostalgias de la edad primera;
 si intento alcanzarle la trenza colgante,
 ella se desvía...

«Copeo, copeo, me hiciste traición,
 capullo encarnado,
 si te he agraviado,
 te pido perdón».
 Ella se desvía,

y mientras se esfuma en la lejanía,
 y en luz se convierte lo que era visión,
 en luz solitaria en la majestad
 de la cordillera altiva y callada,

toda aureolada
 de serenidad...
 en mi alma retoza
 la voz halagüeña
 de la gentil moza
 que parará en dueña:

«Soy la campesina que ofrendas te dí:
 vengo de la sierra, mas no para ti».

Oh, montes abruptos de la serranía;
 lentiscos, enebros, selvática umbria;
 negrura de silos en el encinar;
 soleada ardiente que besa el pinar;
 sombra del ramaje de gomas unguido;
 cantos de verbena que llegan al mar
 de la iglesia abierta, cual ojo encendido;
 mulas corredoras que cascabelean

con trote ligero,
 bajando la cuesta;
 hachas que flamean

siguiendo a la moza que el baije primero
 bailará en la fiesta;
 soledad huraña

donde gime el eco de gótica gesta
 que del fratricidio recuerda la saña;
 doblar de campanas, cortejos luctuosos
 que el rezo murmura, siguiendo la caja;

árboles que rozan
 con la rama baja

los toldos de carros que van hacia el coso;
 mirlos que en la fronda saltando retozan;
 cánticos de trilla, cadencia arabesca,
 grupos que a la fuente van de la salud,
 y frutas fundidas en la boca fresca,
 henchidas de risas de la juventud;
 musa de cabellos blancos que olvidadas

historias recita,
 azul lucecita
 de los cuentos de hadas,

que eran el encanto de nuestra niñez,
 sois la exquisitez,

sois la melodía
 y el encantamiento,
 donde el alma siento
 de la patria mía.

JUAN ALCOVER

Trad. de ALFONSO MASERAS

Comentario de J. Torrendell

Cualquiera que esté dotado de imaginación y tenga nociones de vida rural, de tan parecidos contornos en todos los países, recogerá íntimamente las sensaciones evocadas desde el fondo removido de una juventud deliciosamente transcurrida en la eferescencia de antiquísimo agro, personalizado ya en tradiciones, en costumbres, en historia cívica y religiosa, en perspectivas de deslumbramiento, en olor y sabor inconfundibles y en anécdotas sentimentales, encuentros misteriosos y coloquios virgilianos. El poeta, en la cumbre de los años melancólicos, contemplando obsesionadamente la montaña, medio azulada al atardecer, siente hondo anhelo de sinceridad y entrega total de su espíritu, y, emocionado por los recuerdos juveniles, entra en íntimo contacto con el alma de la tierra libre, que empieza donde termina el coto urbano. Y su primer vocablo se traduce en una canción popular, de confusa significación, pero profundamente enraizada en su entraña palpitante, como que en ella hundiéndose en los días lejanos de la niñez:

Copeo, copeo, copeo traidó:
 roseta encarnada,
 si t'he agraviada,
 jo't demán perdó...

«¿Cómo sigue esta canción?—pregunta él mismo para iniciar su confidencia.—No lo sé. Muchos años ha la oía cantar, con la tonada del *copeo*, baile popular mallorquín, a una vieja familiar de casa, mientras hacía saltar sobre las rodillas a una hermana mía, entre estallidos de ternura efusiva y juguetona. No tengo de ello ninguna otra noticia. Precisaba una glosa campestre, como nota inicial de *La sierra*, y escogí ésta, unguida con el recuerdo de mi hermana, que murió muy chica, y de aquella niñera de piel tostada y aspecto selvático, entrañablemente amorosa con el infante que cuidaba». Hay, pues, en esa estupenda poesía la personificación de un sentimiento que se transparenta en la mayor parte de las otras composiciones: una devoción fervorosa por la isla natal. Su alma es seducida, al fin, por la palabra étnica, y a su oído suena deliciosamente la canción popular, que recoge en toda su rusticidad para engastarla en joya de fina orfebrería, obteniendo así un producto estético, nuevo en la literatura catalana, por el cual se fusionan maravillosamente la melodía de la tradición y la armonía de la cultura en instrumentación sabia y al propio tiempo inspirada. Es la graciosa virtud del poeta mallorquín: con toda su ciencia de literato y su refinamiento de hombre de ciudad, sabe llegarse al fondo de la selva y elegir sin marchitarla la flor más campestre para perfumar sus elegancias literarias y sus distinciones de espíritu.

(*La Nación*, Buenos Aires).





LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El brindis de Sócrates

«¿Por qué o por quién brindas, Sócrates? volvió a decir Platón».

Quedó el maestro viendo alrededor, y fijando la mirada en Autólico: «Muchacho, tú no has intervenido en nuestra disquisición: ¿en qué has pensado mientras nosotros hemos hablado? ¿en la belleza, probablemente, como Critóbulo?» Autólico, sorprendido, comenzó a echar sangre por las mejillas, tanto más hermoso el joven, cuanto la vergüenza le daba un baño de pudor femenino que volvía embelesante su agraciada persona. Lycón hubo de responder por él: «A este niño, cuando ocurre que no escucha, le sucede que está pensando en su padre».

«Estuve pensando en mi padre», repitió Autólico con voz del cielo. Todos los convidados aplaudieron estrepitosamente; y Sócrates propuso un brindis por por el amor de Autólico a su padre».

JUAN MONTALVO

(Siete Tratados).

Caballeros teutones

De heroico siglo en apartado día
cruzaba una pareja de teutones
por las llanuras de la vieja Hungría,
olvidados con noble bizarría,
de escudo, capacetes y trotones.

Tan sólo a sus cinturas eslabona
pesado anillo la marcial tizona
que a sus puños de acero confió el rito:
bajo el limpio metal que la aprisiona
no ha turbado sus sueños el delito,
ni en baja lid con la mesnada oscura
jamás melló sus filos tajadores,
ni, de su temple y su virtud segura,
se abatió nunca a combatir la impura
falange de malsines y traidores.

Zurda banda de pillos y gañanes
con la pareja solitaria cierra,
que, entre la grito audaz de los rufianes
y al golpe de sus toscos guayacanes,
en sangre moja la manchada tierra.

A destrozar la sórdida gavilla
bastaba la teutónica cuchilla;
pero la ley caballeresca manda
perecer sin defensa en la demanda
antes que herir a gentes de trailla.

Lustre consigan los honrados fueros,
de la altivez al generoso brote;
a estilo de los bravos Caballeros,

¡preferamos caer bajo el garrote
a mancillar los ínclitos aceros!

GUILLERMO VALENCIA

Colombia.

Anécdota

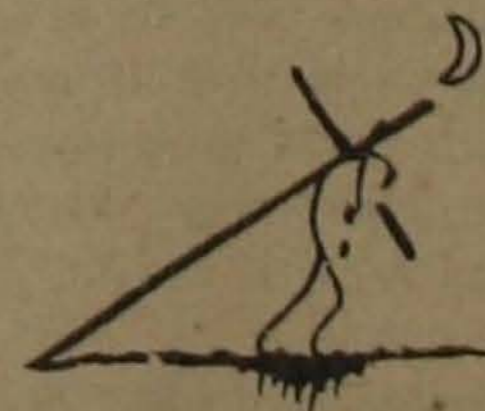
El rey Giges consultó un día al dios Apolo acerca de su suerte, y teniéndose por el más afortunado de los mortales, dijo: «Oh tú que escudriñas con la vista los últimos rincones de la tierra y conoces a todos los hombres, dime ¿hay en ella alguno más feliz que yo?—Aglao, respondió el dios, es más feliz que tú». Sorprendido el rey, quiso saber en dónde vivía ese monarca poderoso, ese general nunca vencido, ese conquistador triunfante cuya gloria y riquezas fueran mayores que las suyas. El dios respondió que lo mandase buscar, y que no tardarían en dar con él, puesto que el cielo mismo iría guiando a los pesquisidores. Giges, humillado de que hubiese un hombre más feliz que él, puso su ahinco en saber quién era ese Aglao y dónde estaban sus dominios: mandó, pues, comisiones por los cuatro vientos, halagando al descubridor con la promesa de una regia propina.

En un sombrío valle de la Arcadia se estaba un hombre entrado en edad a labrar la tierra con sus manos: «Oh tú, le dijo uno de los pesquisidores; oh tú que por tus años debes de haber visto y oído muchas cosas, ¿sabes por ventura quién es y dónde vive un tal Aglao, a quien los dioses tienen por el más feliz de los mortales?—Yo soy, respondió el viejo; soy ese Aglao a quien los dioses han agraciado con la felicidad, ingiriéndole en el pecho el deseo del bien, y otorgándole la práctica de las virtudes. Por mi trabajo lo necesario no me falta: ni odio ni codicia en mi corazón: mi esposa, adorada, corresponde con santo amor mi afecto sin que me hubiese dado jamás motivo de desconfianza. Hijos obedientes, sumisos e inclinados al bien. Tranquila y constante alegría dentro de mí: bondad, caridad con mis vecinos, los cuales me quieren y respetan. Un día fui a Delfos: viéndome allí, me pasó por la cabeza preguntar al oráculo quién era el hombre más feliz del mundo. Aglao, respondió la pitonisa, no hay hombre más feliz que tú en el mundo».

El que quiera ser feliz, prosiguió el maestro, busque la paz del alma en un obscuro valle, donde no vivan sino hombres sencillos y buenos; tema a los dioses, y practique las virtudes en el seno de familia casta y humilde. Mientras vivamos metidos en los torbellinos que llamamos ciudades, hemos de vivir rodeados de enemigos que procuran hacernos perjuicio con razón o sin ella.

JUAN MONTALVO

(Siete Tratados).



EN la vida ejemplar de Juan Alcover, el poeta que acaba de morir, acaso lo más interesante es el esfuerzo espiritual con que se buscó a sí mismo. Su iniciación poética difiere muchísimo de la plenitud de su inspiración. He vuelto a abrir estos días sus volúmenes de prosa castellana: *Poesías, Nuevas poesías, Meteoros, Poemas y Harmonías*. He aquí un poeta elegante, que ha sabido asimilar, para la formación de su técnica personal, los más diversos magisterios. Sin duda, Campoamor fué en los comienzos su preferido. Pero el romanticismo francés y germánico y la lírica italiana moderna vertieron su vino en aquella copa. Así, es visible en él, a veces, el rastro poderoso de Víctor Hugo; otras, algún *lied* (como *Presagio*) recuerda la manera inconfundible de Heine; *El ciprés de mi huerto* lleva bien patente la huella de Leopardi; alguna traducción de Carducci le dejó para siempre la voluptuosidad de la forma impecable, tal vez en ocasiones sobrado mar mórea.

Hay poetas pictóricos; hay poetas musicales. Alcover trabajaba su forma en las tres dimensiones, al modo escultórico y aun arquitectónico. Pero en esa materia que se rendía a su taumaturgia de artífice sabía infundir el fuego que dormita en el pedernal, esperando el golpe que lo suscite.

Continúase aquella filiación romántica en toda la segunda manera de Alcover. Así, la *Melodía etiópica*, apelación a la nitidez de alma salvaje contra la trivialidad cortesana, no desmiente la estirpe de Rousseau. Su *Beethoven* es una exaltación de aquella cruzada antifilisteá, que después heredó Flaubert. *Lálage* es una estilización romántica de asunto romano, cuadro de historia, pero de la buena época, como un Couture o un Chassériau.

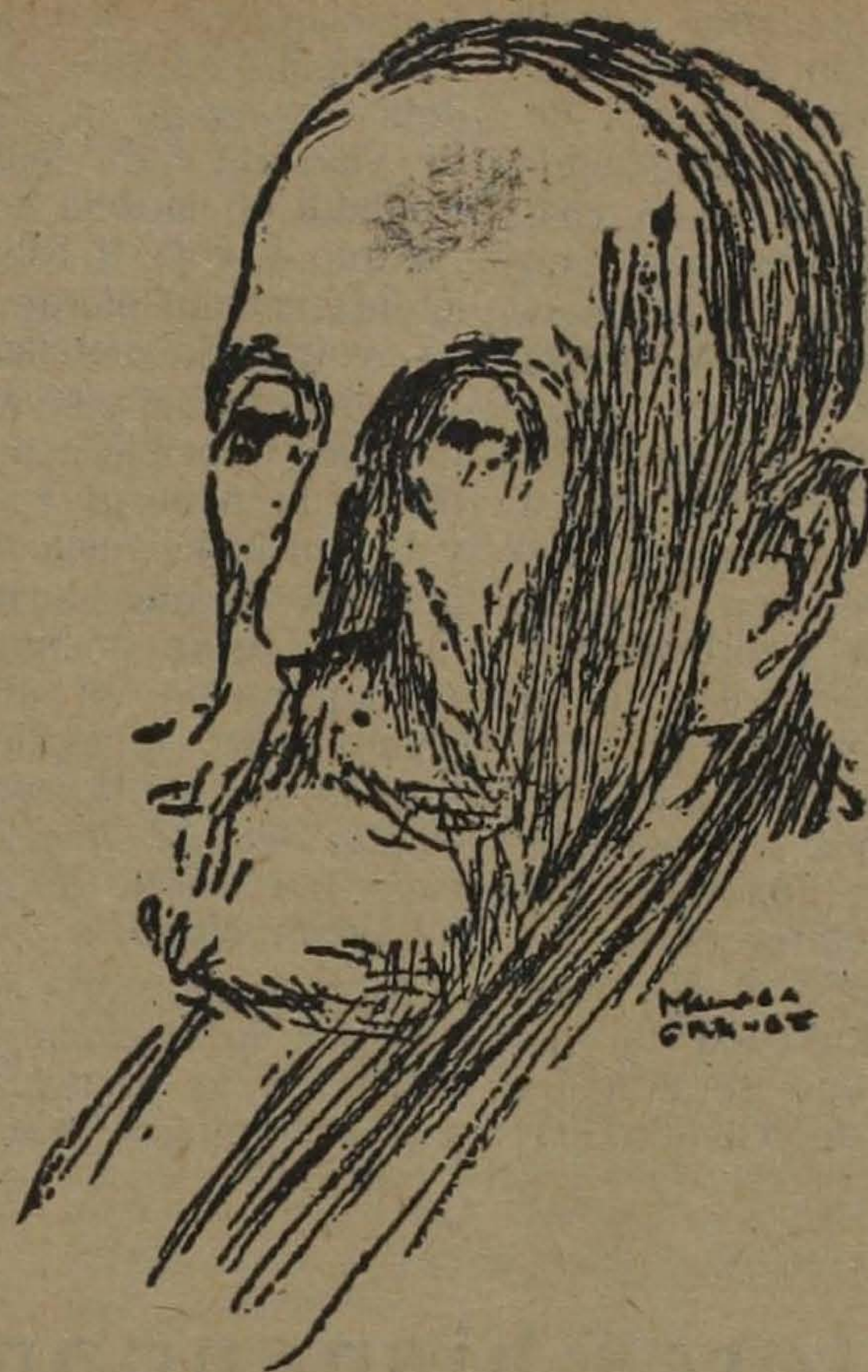
El momento capital de su producción castellana es el poema *Contemplación*, que recuerda la manera

lamartiniana. Allí se inicia plenamente la aspiración suprema de la estética de Alcover; la fusión del poeta con el alma popular; el hallazgo del lenguaje que le dé capacidad para interpretar la poesía inconsciente de la multitud, no descendiendo hasta ella al modo plebeyo, sino elevándola a la categoría de las mayores excelencias patrias. ¿No hay en ese ideal el sentido mismo de la palabra «genialidad» en arte? Alcover llamaba a esa mutua fecundación entre el artista y el pueblo «humanización del arte». En aquel poema, la facultad lírica del autor se refunde en el sentido épico, abriéndose a la percepción misteriosa y sinfónica del coro que sube hacia él desde los cuatro vientos de su contemplación, voces de la tierra y de los hombres, que buscan en el verbo del poeta la expresión de que se sienten incapaces. La facultad poética no es otra cosa que la potencia de interpretación de esas voces, imperceptibles para los pro-

fanos, como aquellos rumores de la selva que únicamente Sigfrido podía comprender. En términos clásicos, esa facultad podría llamarse «sentido pánico».

La *Contemplación* de Alcover es el anuncio de su futura genialidad de poeta catalán. Es el esquema de lo que había de ser *La Serra*, culminación de su lírica exaltadora de los valores populares.

Si Alcover, poeta castellano, fué un estimable artífice, Alcover, poeta catalán, fué un gran artista. El tránsito de uno al otro idioma señaló para él una crisis de temperamento. No recuerdo ejemplo más vivo del nexo fortísimo entre la lengua nativa y la facultad poética. La parla familiar era la única susceptible de aristocratizar, representativamente, al pueblo que con ella expresaba su desconocida potencialidad de belleza. El poeta vió en su definitiva incorporación en la lengua catalana sus desposorios con Raquel, la esposa preferida, después de sus años de convivencia



Juan Alcover

con Lia. Y desde entonces pudo alcanzar, por momentos, la categoría reservada a los más altos.

* *

Su producción catalana tuvo dos vibraciones capitales. Una de ellas es esta fusión de lírica y épica, cuyos momentos agudos son *La Serra* y *La Balanguera*. En esta composición la forma de la patria se le aparece a través de un canto de danza primitiva, cuyo sentido se extinguió; en la transfiguración de una feminidad matriarcal, vieja sarmentosa y mágica, hilandera fatal que teje con las vidas efímeras su tela de inmortalidad. Divaga bajo esas estrofas un enlace profundo entre la expresión y la melodía, que les comunica un poder ulterior a la propia conciencia del cantor y del oyente. Palpita en ellas una inquietud inexpressable, un tacto de tinieblas. No conozco superior asunción de un tema popular por un intérprete selecto.

Pero Alcover no estaba destinado a ser únicamente un exquisito reductor de temas épicos a la estilización lírica. Para su gloria, mas también para su dolor, su mayor grandeza debía consistir en su manera trágica. Hemos llegado a su momento de poeta elegíaco. Alguna poesía de sus comienzos anunciaba esa facultad, como *El ciprés de mi huerto*, en el cual veo el lejano predecesor de su poesía catalana *La Reliquia*. Pero Alcover, con una reencarnación paternal de Niobe, vió morir en plena juventud a cuatro hijos, dos de ellos en un mismo día, separados por el mar. Recuerdo la impresión terrible que me produjo esa jornada. Mi admiración por el poeta se dobló entonces de veneración por el hombre, árbol «selecto como el cedro», combatido por las tempestades, perfumando no ya el hacha que le hiere, sino el vendaval que arranca sus ramajes, llenando de armonías el rugido de la tempestad que hiende su

tronco. No conozco nada tan noble como ese padre que convierte su lira en ofrenda sobre la tumba de sus hijos y les rinde el holocausto de su inspiración suprema. «No he alcanzado la fuerza del genio; pero mi dolor se yergue tan grande como él». Así dice el poeta a su musa, en un coloquio que recuerda la manera de Musset en *La noche de Mayo*.

* *

Tuvo siempre Alcover una gran predilección por el orientalismo bíblico. Sus elegías tienen acento de trenos. Su sentido religioso tendió siempre a la plena percepción del valor simbólico. Así resultó para él

un desbordamiento natural la producción de sus *Poemas bíblicos*. Algunos de ellos fueron contruidos primeramente en verso castellano. Luego recibieron en catalán su definitiva y perfecta plasmación. Me gusta percibir en ellos la fusión ideal de las tres grandes herencias: oriental, clásica y romántica, reflejadas, respectivamente, en la penetración espiritual, con el tema, la serenidad de la estructura y el fuego interior que los inflama de personal lirismo. Así, aquellas narraciones inmortales parecen refundirse en la forma de salmo o de ritmo profético. La copa de oro del poeta (no sé si copa romántica de Thule o pá-

tera clásica de Horacio) se transfigura en vaso sacerdotal, reservado al templo. El vino de las viñas de Engaddi se mezcla con el Falerno y con el Rhin. El idioma catalán pierde toda su resistencia metálica de yelmo medieval y se muestra dócil a recibir, como un molde, la nobleza romana y la gracia helénica. Si algún precedente hemos de hallar a esos poemas, lo encontraremos en el magisterio del romanticismo francés: en el *Moisés*, de Vigny; en *El fuego del cielo* o el *Booz dormido*, de Víctor Hugo.

Alcover llevó a la poesía catalana la máxima aportación de la escuela poética mallorquina; más que

aportación, fué magisterio. Su nota personal fué la pureza de la forma, el tono patricio, el consorcio feliz de la musicalidad con la evocación plástica.

Su vida transcurrió en un medio de incompreensión para el sentido máximo de su obra. Porque él, apelando a la maternidad catalana contra las plebeyas limitaciones regionales, fué el enlace genial de su tierra insular con la gloriosa estirpe. No de otra manera los poetas eólicos del Archipiélago construían para la posteridad la íntegra persona de Grecia, ofreciéndola a la eternidad como el cuerpo divino de una diosa.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Marid).

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

Mi querido García Monge:

Sólo unas cuantas líneas para contestar a su último CUESTIONARIO.

1. No se hacen grandes ediciones de mis libros porque yo, como la mayor parte de los escritores de habla española, soy un hombre pobre. Parece que en nuestro continente sólo los escritores leen, y éstos muchas veces de prestado. Cuando publico un libro por mi cuenta me limito a los mil ejemplares y así pierdo poco. Nuestros editores son peores que los prestamistas yanquis, nos sacan un 50% de comisión. De modo que nosotros, que pagamos la edición, perdemos casi siempre; ellos nunca. Acabo de enviar a CALPE el MS. de un libro. Se hará una tirada de dos mil; se venderán de quinientos a mil, de modo que espero perder unos cien dólares. Pero el gran peligro es nuestro analfabetismo. Los editores, como los fabricantes de píldoras, tienen que ganar por cada píldora vendida. Al mismo tiempo acabo de dar otro libro a un editor norteamericano. El pagará la edición (20,000 ejemplares) y me dará un 10% de la venta total. De modo que puedo ganarme \$ 4,000 en esta obra con lo cual pagaré mi libro en español. Los yanquis (¡oh, manes de José Enrique Rodó!) se despachan una edición de cien mil ejemplares en una semana.

2. Sí, el público hispanoamericano

CUESTIONARIO que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:

1.º—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.º—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3.º—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

lee. He aquí algunas de sus lecturas favoritas y de sus escritores predilectos:

Revistas de modas, periódicos parroquiales, páginas de sport, crónica policial, crónica social, libros sobre cuestiones sexuales, novelones pornográficos, sermones, discursos políticos, sección cómica de nuestros diarios traducida de los diarios yanquis, biografías de actores cinematográficos, versos patrióticos, catecismos, libros de cocina, etc. etc.

Vargas Vila, Julio Flores, Insúa, Concepción Ximeno de Flaquer, Tancredó Pinochet, Spark Plug, Villaespesa, Carolina Invernizo, Zamacois, Ponson du Terrail, Fernández y González, Pedro Mata y demás clásicos.

3. A los hispanoamericanos les interesan muy poco los buenos escri-

tores. Creo que, sin contar escritores, no hay en todo nuestro continente más de mil personas que hayan leído la obra completa de los siguientes: Alfonso Reyes, José Ingenieros, Sarmiento, Montalvo, Díaz Rodríguez, Lugones, Ameghino, Bilbao, Alberdi, Hostos, Lastarria, F. García Calderón, Bello, Vasconcelos, Antonio Caso y Vaz Ferreira.

El que gran parte de nuestro público se apasione por ciertos novelistas, por ciertos «americanistas» y por ciertas poetisas no indica cultura sino curiosidad infantil.

Espero, mi querido Monge, que otros escritores de América, que han hecho el papel de primos publicando por cuenta propia se dignarán contestar a este CUESTIONARIO.

El «sol de los muertos» brille sobre las buenas intenciones.

ARTURO TORRES RIOSECO

Austin, Texas, 16 abril, 1926.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

El teatro indo en Nueva York

Sakuntala

EN el teatro Garrick, situado en la calle treinticinco, cerca de la sexta avenida, se representó el domingo pasado el drama *Sakuntala*, una de las numerosas gemas de la literatura india, preparado para la escena por Kedar Nath Das Gupta, según la versión poética en inglés de Laurence Bin-yon, y presentado por la «Unión del Este y del Oeste», sociedad que con algunas agrupaciones afiliadas tiene por objeto «la realización de la Paz y de la Fraternidad» por medio de la comprensión y acercamiento entre las diferentes razas, nacionalidades, clases y credos». Tal entidad tiene en preparación ahora la celebración de una «semana de la paz» en mayo próximo, cuyo acto culminante será la representación de *Mahatma*, una dramatización de la vida del caudillo nacionalista Gandhi.

La obra, dividida en tres actos con nueve escenas, se dió con un arreglo musical de Mr. L. A. Coerne.

Es de notar que tanto los músicos como los actores, entre los cuales los principales fueron Eduardo Sánchez, cubano, en el papel de rey Dushyanta, y Doris Sanger en el de Sakuntala, daban su actuación gratuitamente, dedicándose el producto de la función a los fines que la sociedad organizadora persigue.

Sakuntala fué escrito por el poeta Kalidasa, de quien no se sabe exactamente en qué época vivió, pues se le señalan diversas fechas, separadas entre sí hasta por siglos; mas en la India se admite generalmente que fué uno de los esplendores de la corte de Vikramaditya, cuyo reinado empezó cerca de medio siglo antes de la era cristiana.

La primera traducción al inglés fué la de Sir William Jones, en 1790, y desde entonces se han editado más de cincuenta en los principales idiomas modernos.

Fué presentado por la primera vez en la escena en Londres, en 1911, por iniciativa de la misma sociedad que ahora lo hace aquí. Entre los juicios que mereció a la prensa inglesa, merece anotarse el siguiente, de *The Christian Commonwealth*:

«Kalidasa vivió, escribió y murió mucho antes de que nuestra isla hubiera producido el más rudimentario drama. Y sin embargo, el prefacio con que la obra es presentada al público, pudo haber sido escrito por Mr. Bernard Shaw.

»El gran artista tiende un puente

sobre el golfo que separa el Este del Oeste. Todos los que esperan y desean el tiempo en que las naciones se den cuenta de que la comunidad de su humanidad las une más de lo que sus diferencias las separa, debe sentir gratitud a la sociedad que revive *Sakuntala*».

La crítica inglesa llama al poeta «el Shakespeare de la India». Y de un juicio de Tagore son estos párrafos:

«Este drama fué pensado, no para detallar una pasión, un particular carácter, sino para trasladar todo el conjunto de un mundo a otro; para elevar el amor de la esfera de la belleza física al cielo eterno de la belleza moral. Nos enseña que el amor no es bello ni provechoso si no se difunde en la sociedad, si no pierde su carácter egoísta para alcanzar a nuestros hijos, a nuestros amigos, a nuestros semejantes.

»El poema pinta la belleza intoxicante del amor que no razona, pero el mensaje final es tranquilo; bien dijo Goethe que la obra combina el florecer de la primavera con los frutos del otoño; combina el cielo y la tierra; hay verdaderamente en él un paraíso perdido y un paraíso reconquistado».

En cuanto a la representación, daré ahora mis impresiones:

La concurrencia es selecta y numerosa, pues aquí en Nueva York existen numerosas sociedades de estudios orientalistas, para quienes un suceso como este es un acontecimiento; se nota también la presencia de varios jóvenes indos, de tez cobriza y ojos brillantes, casi todos estudiantes universitarios.

Se levanta el telón, y aparece Kedar Nath Das Gupta, un indo de rostro pálido e interesante, elemento distinguido en la sociedad «Unión del Este y del Oeste», y quién, como dije antes, ha preparado el drama para la escena inglesa.

Vestido con el traje típico indostánico, sentado a la manera clásica, de cuclillas, con los brazos cruzados, el solo verle parece transformar el ambiente, dándole un tono oriental, sugestivo. Según es uso, invoca la bendición de los dioses, en un *mantra* dicho en sánscrito, con voz cadenciosa y un tono especial.

Luego toma parte en el pequeño prólogo, y se retira.

Al levantarse el telón, extraña la simplicidad de la escena: nada de aparatos, pues todo lo que se necesita

es una hilera de árboles para simular un bosque.

Sakuntala, con sus dos amigas, riega los arbustos sagrados. Desde el primer instante cautiva la dulce doncella, hija de una ninfa y de un penitente real, bella como las flores, inocente como las aves.

El rey Dushyanta, que anda de caza, en el momento que va a disparar su arco contra un ciervo, oye la voz de un anacoreta que le ordena perdonar a una criatura indefensa; por la boca del anciano hablan ahora las Escrituras Santas, que recuerdan al hombre que no debe matar, porque la vida es grata a todos los seres, a los más poderosos como a los más pequeños, y si todos pueden quitarla, sólo Dios la puede dar...

El rey accede, y el ermitaño le bendice, deseándole que la divinidad le conceda un hijo, soberano de la tierra.

Dushyanta ve a Sakuntala, que es hija adoptiva del anciano, y cuando los dos jóvenes se conocen, se aman. Las escenas son de una belleza encantadora por su sencillez. Después, el rey desposa a Sakuntala, y teniendo que regresar a su palacio, la deja una sortija que servirá para reconocerla.

El terrible Durvasa, un gran sabio o hechicero, habiendo sido desatendido al buscar hospedaje por Sakuntala, que vive sólo para su amor, como venganza la condena a que sea olvidada por su amante; mas, a los ruegos de una de las amigas de la joven, suaviza su maldición con la promesa de que la sortija que el rey diera a Sakuntala servirá para restaurar la memoria de su amor.

En el segundo acto, la joven se despide de los sitios donde su infancia ha transcurrido, de sus amigas y de su padre adoptivo, y se va a buscar a su amado, de quien un hijo le va a nacer.

El rey, en el jardín de su palacio, oye un lejano canto que habla de un amor olvidado, y siente una extraña opresión. Llegan Sakuntala y sus amigos, mas él, bajo el hechizo de Durvasa, no la reconoce. Ella le recuerda cuando él la desposó, y el día en que la dió una sortija. Mas en el viaje ha perdido tal sortija.

Dushyanta la rechaza, y ella, desconsolada, es abandonada y luego recogida por un misterioso personaje, que resulta ser su madre.

Cinco años después, dos soldados de la guardia del rey capturan un pescador que anda vendiendo una sortija real. El pobre hombre asegura que la ha encontrado en el estómago de un pez. El rey se entera, reconoce su sortija, gratifica al pescador, y, ya recobrada su memoria, siente el dolor de haber perdido a Sakuntala...

Pasa un año, y Dushyanta, siempre inconsolable, recibe una orden de Indra, el «rey del cielo» para comandar una expedición contra los demonios. Aquí, como en todas las obras de la literatura inda, la mitología se confunde con la ficción, quedando a cargo del lector o espectador la interpretación de las escenas. Esta lucha, como las del *Mahabharata* y el *Ramayana* —es simbólica, y su significado depende de las ideas que al respecto se tengan.

En el último acto, Dushyanta, que retorna victorioso, encuentra a su hijo, ahora un hermoso y atrevido muchacho, y a Sakuntala, siempre pura y bella a pesar de las lágrimas y penitencias que la causaran sus sufrimientos. Se dan explicaciones, reparaciones, y termina la obra con este cuadro perfecto, del rey feliz con su amada, mirando una promesa de gloria futura florecer en el hijo que los une...

La trama de la obra es simple, más eterna porque es bella, porque da una enseñanza, porque sintetiza la felicidad que hay en el amor cuando obedece, no sólo al llamamiento terrenal de los sentidos, sino a la atracción noble y pura de las almas. Se ve también aquí el acatamiento a la idea del hogar perfecto que dan las enseñanzas brahmánicas, cuando dicen: «No es hombre completo el hombre solo, sino que lo es el hombre con su mujer y su hijo...»

La audiencia ha salido satisfecha. La figura grácil de Sakuntala ha cautivado todos los corazones con su ingenuidad y su inocencia. ¿Cómo no ha de ser así, si Sakuntala es, según la comparación indostánica «dulce y encantadora como un loto flotando sobre las aguas en calma; como si el Creador, acumulando en su mente todas las formas de belleza, la hubiese modelado, y luego dado el aliento de la vida a su trabajo...?»

RUBÉN YGLESIAS

Nueva York, marzo de 1926.

Noticia del Editor del REP. Am.—En las ediciones del CON-vivio saldrá *Sakuntala*, traducción directa. Y ya está en prensa *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón*, en el precioso arreglo dramático de Juan de Bonnefón.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Madrinas de lectura

DEL Consejo Nacional de Mujeres de Buenos Aires—hermosa institución—esta noticia que beneficiará a otras.

La sección más fuerte del Consejo es la Biblioteca, y la biblioteca viva, es decir, con el libro movido y fecundo, bien distribuido, accesible y variado. Las iniciativas de la Biblioteca son numerosas; pero la que anoto me parece la más original.

La Argentina mira mucho hacia la civilización rural, porque las fuentes de su economía son, como se sabe, rurales. No hay cultura campesina sin buen maestro. El pobre hombre o la pobre mujer, a la par sin cultura general y sin instrucción agrícola, que en Chile se mandan al campo, no pueden sacar a las aldeas de eso que podríamos llamar su *mansa barbarie*. No llevan lo mejor de las ciudades y no aman tampoco la vida del campo.

Para hacer llegar a la *estancia* (hacienda) del último pedazo de la Patagonia o del Chaco el latido de Buenos Aires, el Consejo que menciono ha creado las «madrinas de lectura». Parece que la Institución es nueva en la América.

Las esposas de los terratenientes, las profesoras de Normal, las periodistas, etc, en una alta cifra, se inscriben contrayendo la obligación de tomar a cargo la lectura de una maestra rural. La labor es desinteresada: no se trata de mandar ni la biblioteca oficial del Sindicato Rojo ni la del Sindicato Azul. Libros de divulgación pedagógica, de geografía recreativa, revistas de agricultura, lo mejor del género biográfico universal, periódicos de labores de mano y también las excelentes ediciones dominicales de los grandes cotidianos, todo esto va, volumen a volumen, en encomienda quincenal. Entiendo que no hay devolución; no soy partidaria del libro alquilado. Ruskin decía que todo individuo decente debía tener los mejores libros; pero incorporados al menaje de su casa y de su espíritu. El libro que se ama no puede ser sino lo que el vestido o el lecho: decorosa propiedad

Naturalmente, la «ahijada de lectura» tiene derecho a solicitar de su *madrina* desconocida las obras que le interesen particularmente. De tan sencillo modo puede cumplir una mujer con algo que me ha parecido siempre que debía ser profesión humana: la de formar una criatura espiritual...

La llamada vida del campo es muy noble para ser vivida por aquellos que han tenido ya largo sustento de cultura en las ciudades: llevan los materiales para hacer en la soledad la más poderosa vida mental y la depuración más segura de sus facultades. Para la inteligencia sin pasión de estudio, para *el alma nueva* que debe *construirse*, el campo es una fatalidad. Después de tres años se siente en estas últimas, la herrumbe, la ociosidad hecha naturaleza. ¿Qué hace en el silencio el que no ha llevado pensamientos que esmerilar y qué hace con la

soledad el que no sabe *cuajarse* de sus entrañas los amigos?

Yo estoy entre los que conocen esa *guardia de sí mismo* que es necesario hacerse en el campo, para no caer en la modorra ni en el desfallecimiento, vigilancia para darse cuenta de cuándo la tristeza se hace amodorramiento, de cuándo la tensión se vuelve febril y de cuándo el monólogo, que parece tan peligroso a Eugenio d'Ors, empieza a volverse soberbia.

Y por conocer yo hasta el último límite el abandono en el campo, me ha conmovido la obra de estas grandes mujeres argentinas. Tienen ojo pronto para ver las fallas, los huecos de la organización de la enseñanza. Ayudan finalmente al estado que, al cabo, es una máquina brutal a la que no puede pedirle todo.

Merece mención especial entre ellas la hacendada. Lo malo de nuestros ricos está en que casi nunca saben ser dueños. Cosa compleja ha sido siempre eso, sobre todo ser dueño de la tierra. Porque la tierra contiene al hombre, y regir pastales y viña, es cargar también con las almas que se mueven entre ellos. No hay criatura más abandonada en tierra de Chile que la campesina. El dueño de industrias tiene menos angustiosas responsabilidades: la ciudad le ayuda a formar moralmente al obrero: le ayuda el teatro, la escuela nocturna, la conferencia, hasta la calle. El terrateniente tiene él solo que responder de sus campesinos. En muchas regiones éste es un subhombre que no ha nacido todavía para la realidad espiritual

Estará bien que el hacendado descanse su conciencia en el maestro de escuela, pero antes, hay que *construir* al maestro rural.

Es necesario civilizar, cristianizar el campo. Siquiera desbarbarizarlo.

GABRIELA MISTRAL

(El Universal, México, D. F.)

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739.

Buenos Aires.

ESTUDIANTINA

Letras, Crítica y Arte

Director: JUAN MANUEL VILLAREAL

1 Esq. 49.—La Plata (R. A.)

Discurso

pronunciado por el Excelentísimo Señor Calvin Coolidge, Presidente de la República de los Estados Unidos de América, en la Sesión de Apertura del Primer Congreso Panamericano de Periodistas, el jueves 8 de abril de 1926.

ESTE es el Primer Congreso Panamericano de Periodistas. Por el número de países representados y por la extensión territorial que ellos comprenden, este Congreso es, sin duda, una de las reuniones más importantes de editores y directores de diarios que hasta ahora se han efectuado. Y cuando se considera que contáis entre vosotros los que formulan y dirigen la política de la prensa en casi todo el Hemisferio Occidental, aparece con mayor relieve la importancia y la significación de esta Conferencia. Para mí es motivo de particular placer presentar al Congreso en el cual están representadas muchas de las Repúblicas de América, el saludo más cordial, y es también muy placentero daros la seguridad de que el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos se complacen en corresponder de una manera adecuada al honor que con vuestra presencia reciben.

Posibilidades de amplios y benéficos resultados prometen la naturaleza y la novedad de esta asamblea. Aunque su reunión fué preparada en conformidad con una resolución de la Quinta Conferencia Internacional Americana, que se reunió en Santiago de Chile en 1923, este Congreso no tiene carácter oficial. Sus miembros no representan en manera alguna a sus respectivos Gobiernos. Estáis aquí en vuestro carácter individual, como representantes de una prensa libre, de países libres, que se reúnen espontáneamente en conferencia para estudiar los métodos y los medios de procurar entre los pueblos del Hemisferio Occidental una mejor comprensión y un simpático acuerdo.

La verdad disipa los conceptos erróneos y los desacuerdos. La función de la prensa libre consiste no sólo en hacer conocer a cada uno dentro de su propia esfera la verdad, sino también en fomentar y desarrollar un sentimiento público colectivo que sea fiel a la verdad. De esta manera una prensa libre e ilustrada llega a ser una de las garantías de la libertad. Cuando ella consagra sus esfuerzos a esos ideales es una de las fuerzas vivas y estimulantes de la cultura.

Desde la época del establecimiento de las Repúblicas en la América Latina, han existido vínculos comunes entre los pueblos de esos países y nuestro pueblo. La fuerza de estos vínculos ha crecido con los años; pero hasta una época reciente ha existido una ausencia de información en el público de los Estados Unidos acerca de los propósitos, de los progresos y de lo que han realizado los países de esas regiones, y entiendo que una condición semejante acerca de los asuntos de los Estados Unidos ha existido en los pueblos de la América Latina. Para remediar esas condiciones basta la divulgación del conocimiento. Varias organizaciones panamericanas han contribuido

con su valioso trabajo en este sentido; pero uno de los más importantes factores para crear una mejor comprensión ha sido el interés que se ha despertado entre nosotros por las noticias de los países que representáis, y esto ha hecho surgir el deseo de saber más de lo que estáis haciendo y de cómo lo estáis realizando. Este resultado se ha alcanzado por la ampliación de los viejos y la organización de nuevos servicios para el intercambio de noticias. Según entiendo el propósito de vuestra conferencia, es formar relaciones de amistad, no sólo por el contacto personal, sino también mediante el cambio de ideas y el estudio de las condiciones y de los problemas que se presentan al editor que desea presentar a sus lectores una verdadera perspectiva de lo que sucede en su propio país y en los otros países del mundo.

Después de concluir vuestras deliberaciones en Washington, vosotros, que sois nuestros huéspedes muy bienvenidos, visitaréis otras partes de nuestro país para daros personalmente cuenta del progreso material y cultural que estamos realizando. Tal vez en los años futuros, nuestros periodistas tendrán el privilegio de ir a vuestros países y de ser testigos del maravilloso adelanto que habéis hecho también en el orden material como en el orden cultural, y de esta manera ellos como vosotros tendrán un conocimiento más cabal y una comprensión más exacta de nuestros comunes propósitos, aspiraciones y realizaciones.

Vuestra reunión se verifica en este lugar que es el más propicio, porque en verdad, él es vuestra casa. Los ideales y los fines de la Unión Panamericana son los que la prensa de este Hemisferio debería esforzarse en servir. Ella debería fomentar una mejor inteligencia en las Repúblicas de las Américas, ella debería estimular el espíritu de simpatía, de armonía y de cooperación. Vuestros periódicos pueden hacer mucho para poner de resalto y hacer más eficientes los esfuerzos de esta organización y para establecer entre los Estados Unidos y las Repúblicas de la América Latina vínculos de simpatía y de cooperación más estrechos.

Espero que vuestra visita a nuestro país sea fecunda para vosotros por el conocimiento que podéis adquirir de los aspectos generales de nuestra vida. Vosotros contemplaréis nuestras industrias, nuestras universidades y nuestras instituciones políticas y religiosas, y esto os pondrá en capacidad en lo futuro de interpretar cabalmente nuestros ideales entre vuestros pueblos. Vuestra visita también proporcionará a nuestros ciudadanos la oportunidad de daros personal testimonio de la profunda y sincera amistad que aquí existe para vosotros y para vuestros pueblos, y de su vivo anhelo por la

continuación de estas amistosas relaciones que han sido el resultado de las comunes aspiraciones y del intercambio comercial.

Vuestra visita también será una ocasión para que los habitantes de nuestro país conozcan mejor a las Repúblicas hermanas de esta nación y lo que ellas representan. Ella ofrecerá una oportunidad para recordar que los primeros pobladores de la América del Sur en la época colonial establecieron centros de cultura que precedieron a los que se establecieron en las posesiones coloniales inglesas en la América del Norte. No menos de ocho instituciones de conocimientos superiores fueron fundadas en la América del Sur antes del establecimiento en 1636 en Harvard de la más antigua universidad de los Estados Unidos. La Universidad Real y Pontificia de San Pablo en México y la Universidad de San Marcos en Lima fueron fundadas por decreto real en el año de 1551. El fin de estas instituciones era preparar alumnos para el sacerdocio; de análoga manera las primeras escuelas en la América del Norte fueron primordialmente destinadas a la preparación de jóvenes para el ministerio sacerdotal.

Fué en la América Latina donde primero apareció la imprenta. La primera imprenta en este lado del Atlántico fué establecida en México en 1535 y la segunda en Lima en 1586. Y no fué hasta 1639 cuando la primera imprenta de lo que después fué Estados Unidos principió a usarse en Cambridge, Massachusetts. La divulgación de noticias por la prensa comenzó en la América del Sur desde 1594. En esta fecha un folleto publicado en Lima dió al público la noticia de la captura de unos piratas ingleses. Alrededor de 1620 frecuentemente aparecieron folletos de noticias en México y en Lima, pero las primeras publicaciones que tuvieron la forma de periódicos no fueron conocidas hasta 1772.

Cuando se consideran y se comparan los progresos realizados en la América Latina y en los Estados Unidos, debemos tener presente que los Estados Unidos tenía la ventaja de una existencia nacional de más de cuarenta años antes de que los países de la América Latina alcanzaran su independencia. La batalla de Yorktown que señaló el fin de nuestra revolución fué en 1781, en tanto que la batalla decisiva para la independencia de la América Latina se libró en Ayacucho, en el Perú, en 1824.

Desde 1876 las Repúblicas independientes de la América Latina se han desarrollado comercialmente con creciente rapidez. Aunque preparadas hace algunos años, las siguientes cifras dan la impresión de ese desenvolvimiento. En 1919, con una población que no llegaba a ochenta millones, el total del comercio exterior de los países de la América Latina erogó más de \$ 5.000.000.000. Si se comparan estas cifras con las de los Estados Unidos en 1900 cuando nuestra población era aproximadamente de setenta y seis millones, se ve que nuestro comercio exterior no alcanzaba a \$ 2.500.000.000.

Los historiadores consideran como rasgo característico del siglo diez y nueve el des-

envolvimiento de los Estados Unidos. Elihu Root, después de su visita oficial en 1906, dijo: «Creo que ningún observador pueda dejar de pensar que el siglo veinte será el siglo de fenomenal desarrollo de la América del Sur». Theodore Roosevelt hizo una declaración semejante en la época de su viaje al Brasil en 1914. Todo lo que ha sucedido desde entonces tiende a probar la verdad de esas profecías.

Pocos en nuestro país tienen una concepción adecuada de la inmensidad de la América Latina. Muchos ignoran que esas veinte Repúblicas ocupan una área de nueve millones de millas cuadradas, aproximadamente tres veces el área de los Estados Unidos; y que el territorio de Brasil es mayor que el de los Estados Unidos y que el de la Argentina es aproximadamente dos terceras partes del territorio de los Estados Unidos. Temo mucho que la concepción de nuestro público sea sumamente deficiente respecto a lo que esas Repúblicas han realizado en el desenvolvimiento de las industrias, de las ciencias y de las artes, y que no sepa a cabalidad que ellas disfrutaban de todos los progresos de la civilización moderna y que a veces han hasta mejorado esos adelantos.

En cierto modo esta falta de conocimiento se debe a la falta de información en nuestra prensa. Alguien ha observado que hubo una época en que los lectores de nuestros periódicos podían imaginar que las revoluciones y las perturbaciones volcánicas eran los principales productos de la América Latina. Por otra parte, los lectores de la América Latina se formaban una pequeña idea de nuestra vida nacional por la relación de nuestras catástrofes ferrocarrileras, linchamientos y divorcios, que, según se decía, constituían las principales noticias de la prensa acerca de nuestro país.

Esa época pertenece al pasado. Desde 1916, por virtud de nuestras crecientes facilidades cablegráficas y la reducción de tarifas de cables, tanto como por el vivo deseo de recibir más información, la cantidad de noticias cambiadas entre las Américas ha aumentado considerablemente y su carácter es más constructivo. Me atrevo a predecir que como resultado de este Congreso, los periódicos en los Estados Unidos ofrecerán en lo futuro más información y más completa y más exacta descripción de los progresos en las industrias y en la cultura de la América Latina, y que la prensa de esas Repúblicas dará a sus lectores una mejor concepción de los ideales y de los propósitos de los Estados Unidos.

El despertar del espíritu de independencia en la América Latina, en el alba del siglo diez y nueve, inspiró un movimiento literario de incomparable elevación. Los románticos sucesos que siguieron a la independencia estimularon la inspiración en el campo de la literatura. Siento no poder mencionar sino pocos de los muchos hombres de letras distinguidos cuyas trabajos llegarán con el tiempo a ser tan conocidos entre nosotros como los de los autores franceses, italianos, alemanes e ingleses, a medida

que se extienda el estudio de las lenguas latinoamericanas en nuestras escuelas. Entre esos hombres de letras recordamos a Domingo Faustino Sarmiento, de Argentina; Andrés Bello, de Venezuela; Rubén Darío, de Nicaragua; Jorge Isaacs, de Colombia; Ricardo Palma, del Perú; Benjamín Vicuña Mackenna, de Chile; José Enrique Rodó, del Uruguay; Juan de Dios Peza, de México; Olavo Bilac, del Brasil; José María Heredia, de Cuba, y José Joaquín Olmedo, del Ecuador. Vosotros recordaréis muchos otros nombres brillantes en su literatura.

Uno de nuestros escritores, al llamar la atención acerca del hecho de que Sarmiento fué un contemporáneo de Washington Irving, James Fenimore Cooper, Bryant, Poe, Longfellow, Emerson, Hawthorne, Lowell, Oliver Wendell Holmes, todos escritores famosos de los Estados Unidos, añadió: «Ninguno ofrece como Sarmiento la combinación de actividad y reflexión, romanticismo y espíritu práctico, brillo y color. Con excepción de Emerson, es dudoso que ninguno de esos paladines de nuestra edad de oro literaria fuera superior a él y es seguro que ninguno hizo más por levantar a su país y elevar el nivel general de su cultura». Sarmiento debería ser mejor conocido en este país. Después de haber servido como Ministro Plenipotenciario de Argentina en Washington, fué el Presidente de esa República. Él estudió con asiduidad las instituciones y la historia de los Estados Unidos y escribió una biografía de Abraham Lincoln. Después de su visita a Horacio Mann, él estableció en Argentina un sistema de educación modelado según el de este país.

En el teatro, la América Latina ha producido a Juan Ruiz de Alarcón. Humanidades, poesía, novela, crítica y literatura política han tenido sus esponentes en las Repúblicas Latinoamericanas. Argentina, Brasil, Chile, México y Venezuela tienen academias nacionales de arte y conservatorios de música. Muchos consideran el Palacio de Bellas Artes de Santiago de Chile como el mejor en su género en el Hemisferio Occidental.

El Gobierno de México ha estimulado por muchos años las artes. Este estímulo ha asumido una forma concreta en el establecimiento en los últimos años de la Escuela de Arte de Coyoacán. La música es probablemente más genuinamente popular en la América Latina que en los Estados Unidos. La mayor parte de las ciudades, cualquiera que sea su importancia, tienen conciertos al aire libre y las grandes estrellas de la ópera han sido recibidas con aclamación y premiadas con generosas remuneraciones. Los Estados y las Municipalidades fomentan las representaciones teatrales y erigen bellos edificios para producirlas. El Teatro Solís en Montevideo, el Teatro Nacional de México, el Teatro de Colón en Buenos Aires son superiores a la mayor parte de los teatros en los Estados Unidos, tanto en proporciones como en costo y en belleza. Las mejores compañías de teatro de Europa van a

la América Latina y allí también surgen muchos talentos nativos.

La América Latina tiene sus sabios y cada año se añade al número de hombres de ciencia, otro formado por los nuevos graduados de sus principales universidades. Podrían mencionarse los nombres del doctor Oswaldo Cruz, experto en sanidad municipal; de Rodríguez, el botánico; de Lacerdo, el biólogo, todos brasileños; del Dr. Alejandro Alvarez, de Chile, bien conocido en el mundo como una autoridad en derecho internacional, y del Dr. Luis Drago, de Argentina, que ha formulado la Doctrina Drago. Si muchos en los Estados Unidos no conocen esos nombres eminentes, esto simplemente indica una falta de información de nuestra parte.

Aunque la educación popular no se desarrolló en la América Latina tan pronto como en el territorio original comprendido en las colonias inglesas, ella ha hecho rápidos progresos desde 1880. El desenvolvimiento de las escuelas normales ha sido notable y uno de nuestros escritores dice: «Ellas en particular son la salvación desde el punto de vista educacional y económico de la mujer latinoamericana». Nuestras mujeres que toman parte en los asuntos públicos podrían aprender mucho estudiando la historia de la Sociedad de Beneficencia compuesta de aproximadamente sesenta damas prominentes de Buenos Aires. Por muchos años esta organización ha dirigido la mayor parte de las actividades filantrópicas de la ciudad, recogiendo y distribuyendo socorros en grande escala. Las entradas de la sociedad, según entiendo, son de cerca de cuatro millones de dólares por año.

En los últimos años hemos comprendido que los intereses comerciales de la América Latina y de los Estados Unidos tienen un vínculo natural y fuerte. Desde la guerra europea nosotros hemos ampliado ese interés, mediante las crecientes facilidades de los transportes marítimos entre nuestros puertos y los de la América Latina, estableciendo sucursales de nuestros bancos e invirtiendo grandes cantidades de capital. Se calculaba que en 1923 el capital de los Estados Unidos invertido en la América Latina alcanzaba a \$ 3,760,000,000; en 1924 era algo más de \$ 4,000,000,000; y en 1925 era de \$ 4,210,000,000. En 1925 los bancos de los Estados Unidos tenían alrededor de cuarenta sucursales en varias ciudades de la América Latina. Las cifras compiladas por nuestro Departamento de Comercio demuestran que en 1910 nuestras exportaciones para la América Latina, incluyendo las Guayanas y todas las Indias Occidentales con excepción de Puerto Rico, eran de \$ 279,663,000 y que nuestras importaciones de esos países eran de \$ 408,837,000. En el año último las exportaciones fueron de \$ 882,315,000, y las importaciones de . . . \$ 1,041,122,000. Nuestras exportaciones para las cuatro Repúblicas de Argentina, Brasil, Chile y México aumentaron de \$ 141,615,000 en 1910 a \$ 420,211,000 en 1925. Nuestras importaciones de estos países han aumen-

tado en este período de quince años de \$ 217,400,000 a \$ 569,771,000. Sería interesante comparar esas cifras de 1925 con las del total de nuestro comercio exterior en ese año, que fueron de \$ 4,909,396 para las exportaciones y de \$ 4,227,995,000 para las importaciones. Vemos así que una quinta parte de todas nuestras exportaciones va a la América Latina y prácticamente una cuarta parte de nuestras importaciones procede de ella. Así como los países de la América Latina necesitan nuestras maquinarias de imprenta y de minas, nuestras locomotoras y máquinas de coser, nuestras máquinas de contabilidad, nuestros fonógrafos, nuestros aparatos radiográficos, nuestras máquinas de escribir y otras, nosotros necesitamos y recibimos sus muy valiosas materias primas.

Las ciudades de la América Latina se están desarrollando tan rápidamente como las nuestras y algunas parecen sobrepasar a las nuestras en la magnificencia de sus edificios y en la extensión de sus planes de construcción cívica. Si todos nuestros ciudadanos no saben que la América Latina es tan progresiva como los Estados Unidos y si algunos latinoamericanos, según se me ha dicho, piensan que este país no tiene interés sino en las cosas materiales, estoy seguro de que esto puede ser explicado por la falta del conocimiento que se establece por contacto personal, por los viajes, y a ello también contribuye lo inadecuado de nuestros respectivos servicios de noticias acerca de los hechos significativos y el desarrollo de unos y otros países. Con las crecientes facilidades de transporte entre nuestras Repúblicas aumentarán los viajes y no hay duda de que vosotros, editores y directores, estáis haciendo constantes esfuerzos para ampliar y mejorar la divulgación de noticias de interés vital concernientes a los pueblos del Hemisferio Occidental.

Ninguna prensa en el mundo ocupa un lugar más alto que algunas de las de la América Latina. Entiendo que la cantidad de noticias cablegráficas en nuestra propia prensa durante muchos años no llegaba a compararse con la de los grandes diarios de las Repúblicas del Sur. Varios de esos periódicos tienen edificios iguales o superiores a los de nuestro país. Un periódico en particular es notable (por los servicios públicos que desarrolla además de la mera publicación de noticias. Él mantiene servicios gratuitos de asistencia legal y médica, departamentos para muestrarios de cosas que tienen estrecha conexión con la agricultura, con la cría y con las industrias químicas, y también salas de conferencias, de representaciones teatrales, de conciertos y otras reuniones, de tal manera que casi parece una universidad. El alto aprecio de que esos periódicos merecidamente gozan en el mundo ha sido el resultado del carácter de los hombres que lo han dirigido. Es motivo de particular satisfacción ver presentes en esta reunión hombres cuyo carácter y reputación son internacionalmente

reconocidos, incluyendo uno que lleva un nombre que por tres generaciones ha siempre mantenido las mejores cualidades del periodismo.

El primer Congreso de periodistas ha sido una espléndida idea. Espero que él realice todos los deseos de los que lo promovieron. Me parece que sería muy conveniente si vuestras reuniones pudieran repetirse periódicamente, alternando, si es posible, entre la América Latina y los Estados Unidos. Estas reuniones no pueden dejar de tener trascendentales consecuencias, no sólo para la preservación de los más cordiales sentimientos existentes entre nuestras respectivas naciones, sino también para aproximar a nuestros pueblos y estrechar entre ellos vínculos de simpatía. Uno de los resultados de estos congresos debería ser la comprensión de que, después de todo, nosotros en el Hemisferio Occidental somos un solo pueblo, haciendo esfuerzos por un común propósito, animados de comunes ideales y unidos por un común destino. Hemos recibido como una herencia sagrada y como una gran responsabilidad la misión de desarrollar y consagrar el Nuevo Mundo a la gran causa de la humanidad.

(The Evening Star, Washington, D. C.)

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.
Sarmiento 1266. Buenos Aires

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,
Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.
Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE
Apartado Letra X
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Quien habla de la prensa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

La COLECCIÓN UNIVERSAL, edición de CALPE, distribuida por asuntos

282 títulos famosos, en 413 tomos bien impresos, cómodos y baratos

<i>Filosofía</i>			
D'Alembert: Discurso preliminar de la Enciclopedia	0.7	Trabajos de amor perdidos	0.75
Alighieri, Dante: El Convivio	1.2	La vida y la muerte de El rey Juan	0.75
Berkeley, Jorge: Tres diálogos entre Hilas y Filonús	0.7	Las alegres comadres de Windsor	0.75
Cicerón: Cuestiones tusculanas	0.7	Romeo y Julieta	1.25
Diderot: La paradoja del comediante	0.50	La tragedia del Ricardo III	0.75
Guevara, Fray Antonio de: Menosprecio de corte y alabanza de aldea	0.75	Hamlet	0.75
Hume, David: Tratado de la naturaleza humana (3 vols.)	4.00	Enrique VIII	0.75
Kant, M.: Lo bello y lo sublime	0.50	Sueño de una noche de San Juan	0.75
Fundamentación de la metafísica de las costumbres	0.75	Los dos hidalgos de Verona	0.75
La paz perpetua	0.50	El mercader de Venecia	0.75
Leibnitz, G. W.: Opúsculos filosóficos	0.50	Julio César	0.75
<i>Religión</i>		Macbeth	0.75
León, Fray Luis de: De los nombres de Cristo (2 vols.)	1.50	Vega, Lope de: Fuente Ovejuna	0.75
<i>Sociología</i>		Vigny, A. de: Chatterton	0.75
Filmer, Roberto: Patriarcha o El poder natural de los Reyes	0.50	Webster, J.: La duquesa de Malfi	0.75
Maquiavelo: El Príncipe	0.50	Wilde, O.: La importancia de llamarse Ernesto	0.75
Rousseau: Contrato social	0.75	El abanico de lady Windermore	0.75
Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres	0.75	<i>Novelas y Cuentos</i>	
<i>Educación</i>		About, Edmundo: Casamientos parisienses (5 vols.)	2.00
Arnold, Thomas: Ensayos sobre educación	0.50	La nariz de un notario	0.50
Condorcet: Escritos pedagógicos	0.75	El rey de las montañas	1.25
Fenelón: La educación de las jóvenes	0.75	Afanasiev: Cuentos populares rusos (2 vols.)	0.75
Vives, J. L.: Diálogos	1.25	Alas, Leopoldo: El Señor y lo demás son cuentos	0.75
<i>Ciencias</i>		Andreiev, L.: Dies irae	0.75
Darwin: El origen de las especies (3 vols.)	4.00	Los espectros	0.75
Fontenelle: Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos	0.75	Sachka Yegulev	1.50
<i>Arte</i>		El diario de Satanás	1.25
Taine, H.: Filosofía del arte (3 vols.)	2.75	El misterio y otros cuentos	0.75
Schiller, F.: La educación estética del hombre	0.75	Las tinieblas y otros cuentos	0.75
<i>Poesía</i>		Anónimo: Curial y Güelfa (2 vols.)	2.50
Anónimo: Poema del Cid (Texto y traducción)	1.50	El lazarillo de Tormes	0.50
Baudelaire: Poemas en prosa	0.75	Apuleyo, Lucio: Las Metamorfosis o El Asno de Oro	1.50
Cervantes: Viaje al Parnaso	0.75	Austen, Jane: Persuasión	1.50
Hernández, José: Martín Fierro	1.25	Orgullo y prejuicio (2 vols.)	1.50
Jiménez, Juan Ramón: Segunda antología poética	1.50	La abadía de Northanger	1.50
Machado, Antonio: Soledades, Galerías y otros poemas	0.50	Averchenko, A. N.: Cuentos (2 vols.)	0.75
Manzoni: Poesías líricas	0.50	D'Azeglio, M.: Héctor Fieramosca (2 vols.)	2.00
Vega, Garcilaso de la: Poesías	0.75	Balzac, H. de: Azucena en el valle (2 vols.)	2.00
<i>Dramas</i>		La piel de zapa	1.50
Beaumarchais: El casamiento de Figaro	1.25	Petrilla	0.75
El barbero de Sevilla	0.75	El cura de Tours	0.50
Cervantes: Comedias	1.25	Papá Goriot	1.50
Comedias y entremeses (5 vols.)	5.50	El coronel Chabat	0.50
Goethe: Clavijo	0.75	Un asunto tenebroso (dos vols.)	1.50
Goldoni: La posadera	0.75	La prima Bela (2 vols.)	2.50
Hartzenbusch, J. E.: Los amantes de Teruel	0.75	Los chuanes (2 vols.)	1.50
Hebbel, C. F.: Los nibelungos (2 vols.)	1.50	Eugenia Grandet	1.25
Herodes y Mariane	0.75	Bang, Herman: Tina	1.25
Ibsen, E.: Juan Gabriel Borkman	0.75	Barbey d'Aurevilly, J.: La hechizada	1.25
Marivaux: El juego del amor y del azar	0.50	El caballero des Touches	0.75
Moliere: El ricachón en la corte	0.75	Bounin, Ivan: El maestro	0.50
El enfermo de aprensión	0.75	En el campo	0.50
Don Juan o El Convidado de Piedra	0.75	Sujodol	0.50
Molina, Tirso de: El condenado por desconfiado	0.75	El primer amor	0.50
Moreto, Agustín: El lindo don Diego	0.75	Una aldea	1.25
Rojas, F.: Del Rey abajo, ninguno	0.75	Campion, Arturo: Narraciones baskas	0.75
Entre bobos anda el juego	0.75	Casellas, Raimundo: Las multitudes	1.25
Rojas, Frco. de: La Celestina	1.50	Castello-Branco, C.: Dos novelas del Miño	0.75
Ruiz de Alarcón: Los pechos privilegiados	0.75	Catalá, Víctor: Dramas rurales	0.75
Sedaine: El filósofo sin saberlo	0.75	Cervantes: Los trabajos de Persiles y Sigismundo (2 vols.)	2.75
Shakespeare: La Tempestad	0.75	La Galatea (2 vols.)	2.50
El rey Ricardo II	0.75	Novelas ejemplares (4 vols.)	3.50
La comedia de las equivocaciones	0.75	El Quijote (4 vols.)	4.75
		Coelho, Trindade: Mis amores	1.25
		Constant, Benjamín: Adolfo	0.50
		Chamisso, A. von: Historia maravillosa de Pedro Schlehml	0.50
		Chejov, A.: Los campesinos	0.75
		Historia de mi vida	0.75
		La sala número seis	0.75
		Chmelev, Ivan: El camarero	1.25
		Cherbuliez, V.: El conde Kostia (2 vols.)	2.00
		Daudet, A.: Jack (2 vols.)	2.00
		Tartarin de Tarascón	0.75
		Cuentos del lunes (2 vols.)	1.50
		Fulanito	1.50
		Deledda, G.: Elías Portolu	0.75
		Dickens, C.: David Copperfield (4 vols.)	6.50
		El reloj del Sr. Humphry	0.75
		Dostoyevsky, F.: Los endemoniados (3 vols.)	4.50
		Elliot, G.: Silas Marner	1.25
		Erckmann, Chatriam: La invasión o El loco Yegof	1.25
		El amigo Fritz	1.25
		Historia de un quinto de 1813	1.25
		Waterloo	1.25
		Estébanez Calderón, S.: Novelas y cuentos	0.75
		Fabre, Fernando: El abate Tigranes	1.25
		Feuillet, O.: La novela de un joven pobre	0.75
		Feydeau, E.: La condesa de Chalis	1.25
		Flaubert, G.: La educación sentimental (dos vols.)	2.75
		Madame Bovary (2 vols.)	2.50
		Tres cuentos	0.75
		Fogazzaro, A.: Daniel Cortis (2 vols.)	2.00
		Foscolo, Hugo: Últimas cartas de Jacobo Ortiz	0.75
		Gaskell, Mrs.: María Barton (2 vols.)	1.50
		Mi prima Filis	0.75
		Garín, Nicolás: La primavera de la vida	0.75
		Los estudiantes	0.75
		Los colegiales	0.75
		Lor ingenieros	1.25
		Gautier, T.: La novela de una momia	1.25
		Avatar	0.75
		El capitán Fracasa (2 vols.)	3.25
		Gobineau (Conde de): Novelas asiáticas (cinco vols.)	2.00
		Goethe: Las cuitas de Werther	0.75
		Gogol: Tarás Bulba	0.75
		Nochebuena	0.50
		Goldsmith, O.: El vicario de Wakefield	1.25
		Gómez de Baquero, E.: El valor de amar	0.75
		Goncourt, E. y J.: Renata Maupérin	1.25
		Germinia Lacerteux	1.25
		Goncharov, Ivan: Oblomov (2 vols.)	2.75
		Gorki, M.: Varenka Olesova	0.75
		Malva y otros cuentos	0.50
		Guerrazzi, F. D.: Beatriz Cenci (2 vols.)	3.25
		Hartzenbusch, J. E.: Cuentos	1.25
		Hauff, G.: Cuentos	0.75
		Herczeg, F.: Jorge y Alejandro Gyurkovics	0.75
		Las hermanas Gyurkovics	0.50
		Los hermanos Gyurkovics	1.25
		Hoffmann: Cuentos (9 vols.)	4.00
		Hughes, T.: Tomás Brown en la escuela (dos vols.)	2.00
		Hugo, V.: Bug-Jargal	1.25
		Nuestra Señora de Paris (2 vols.)	2.75
		Jokai, M.: La rosa amarilla	0.75
		Keller, G.: Los hombres de Seldwyla (4 vols.)	3.50
		Kobos, Tomás: Budapest (2 vols.)	1.50
		Korolenko, V.: El día del juicio	0.75
		Kuprin, A.: El dios implacable	0.75
		Alma eslava	0.50
		Hacia la gloria	0.50
		El brazalete de rubíes	0.75
		La Fayette, Mme.: La princesa de Cleves	1.25
		Lamartine, A. de: Rafael	1.25
		Graziella	0.75
		Le Sage: Historia de Gil Blas de Santillana (3 vols.)	4.75
		Lytton, Bulwer: Los últimos días de Pompeya	1.50
		Maistre, J. de: El leproso de la ciudad de Aosta	0.50
		La joven siberiana	0.50
		Malheiro-Días, C.: Pasión de Maria de Ceu	1.50
		Maseras, A.: Ildaribal	1.25
		Marimee, P.: Colomba	0.75
		Carmen	0.50
		Crónica del reinado de Carlos IX	1.50
		Doble error	0.50
		Murger, E.: El zueco rojo	1.25
		Escenas de la vida bohemía (2 vols.)	2.00
		Musset, A. de: Confesiones de un hijo del siglo	1.50
		Cuentos (8 vols.)	3.50
		Nerval, C. de: Noches de Octubre y Paseos y recuerdos	0.50
		Silvia y La mano encalada	0.50
		La noche de la Candelaria	0.50
		Nodier, C.: Recuerdos de juventud	1.50
		La Señorita de Marsan	0.75
		El hada de las migajas	1.25
		Lydia y Francisco Columna	0.50
		Trilby o El duendecillo de Argail	0.50

Señale los títulos que le gusten y pídalos al Administrador del "Repertorio Americano".

Con el pedido, el importe, bajo cubierta certificada o por giro postal. A vuelta de correo le mandaremos lo que nos indique.